

# La voz silente

Con la intención de “abrir boca” para su lectura completa –a un golpe de ratón en Internet o, mejor, en su cuidada versión impresa– traemos a esta Revista de Prensa algunos fragmentos del inicio y el final de este interesante artículo “Sobre los discursos dominantes en el movimiento asociativo gitano” del sociólogo y realizador audiovisual José Heredia Moreno, publicado en *Cuadernos Gitanos*.

Hace algunos meses, andábamos algunos gitanos y payos departiendo en los pasillos de un evento dedicado a asuntos gitanos cuando un antropólogo de notable éxito, preguntado por la naturaleza de sus trabajos actuales, respondió: “estoy investigando a unos gitanos auténticos, auténticos; gitanos de verdad. Me ha costado mucho conseguirlos, ya lo verás”. La duda quedó, tras su partida, sobre si los varios cientos de gitanos de toda Europa que nos habíamos citado en aquel evento podíamos considerarnos “gitanos de verdad”, o si este antropólogo había dado con un decálogo del “gitano auténtico”, piedra filosofal que atesoraría en secreto por ser la fuente de su poder.

En el mismo evento repleto de intervenciones de cariz desigual, un veterano pionero del asociacionismo gitano, que ha ostentado altos cargos y distinciones, desgranaba un discurso sobre los valores de la cultura gitana que básicamente se limitaba a valorar “la pureza” (léase virginidad) de las jóvenes gitanas. Supuse, por tanto, que pocas de las gitanas que conozco deben ser gitanas auténticas, pues pocas encuentran en su ánimo otorgar a sus usos sexuales un valor que trascienda sus propias necesidades, apetencias y pudores; mucho menos utilizarlos como criterio para valorar su gitanidad o la de su familia. Quizás el origen del poder del veterano líder sea, como en el caso del antropólogo, poseer las claves de lo que ha de llamarse “gitano”, pero su influencia en los pasillos ministeriales no debe ser muy grande, a juzgar por la cara de la Secretaria de Estado que escuchaba el discurso.

También se escucharon intervenciones de alta competencia técnica en políticas sectoriales. El discurso técnico siempre es necesario porque se refiere a los instrumentos de análisis y de acción social, pero resulta inane si no explicita y se somete a los fines para cuya consecución es necesaria la técnica. Y más aún, gran parte del discurso técnico no parece haber asimilado, en sus procedimientos, precauciones conceptuales y metodológicas introducidas en la teoría social desde hace mucho tiempo y que no son inéditas en España.

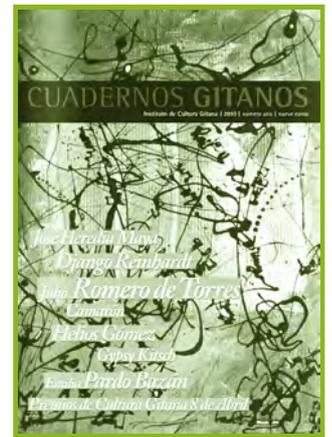
Del mismo evento quedaron marginadas otras posibles intervenciones sobrecogedoras por su independencia, competencia técnica, honesta autocrítica y alta carga ética; fuera de los órdenes del día, de las agendas de las figuras institucionales y de las conclusiones. Mientras, en los pasillos, se repetía la misma idea: “llevamos 20 años escuchando lo mismo”. Es verdad que no siempre puede participar todo el mundo ¿pero todo el que participa tiene que decir lo mismo?

Este “escuchar lo mismo” por parte de la audiencia y este “decir lo mismo” desde la tribuna, en mi opinión, consiste básicamente en dos tipos de discursos, el “culturalista” y el “meramente técnico”, dominantes en los acontecimientos de esta clase.

El problema del uso abusivo de la cultura como eje en torno al cual gira la vida de los gitanos plantea dificultades insuperables, aunque sólo sea porque el fardo de penalidades acumuladas en el pasado, incrustadas en nuestra semántica y en nuestras convenciones lógicas, da forma circular a nuestras preguntas, obligándolas a cerrarse sobre sí mismas. Aún más, induce a un estado psicológico en el que se termina describiendo el mundo desde una perspectiva estrictamente racial y provinciana, con un discurso autorreferencial y narcisista que se alimenta del miedo y conduce al aislamiento. La parafernalia terminológica de la antropología (se define a los gitanos en función de una cultura), mal escogida y mal utilizada, ayuda a erradicar las múltiples diferencias entre gitanos a favor de una diferencia que separa a los gitanos de todos los demás. De esta forma, en la vida de un gitano su procedencia geográfica, su ocupación, sus aficiones, su nivel de estudios, su religión, sus ideas políticas o sus usos sexuales quedan subordinados a su “ser gitano”.

El culturalista se muestra, en resumidas cuentas, como un discurso pre-moderno que abusa del término “cultura” para defender una especie de tradicionalismo de “paraíso perdido” monolítico, excluyente, cada vez más alejado de las variadas existencias de los gitanos españoles y difícilmente conciliable con las nociones de ciudadanía, democracia, libertades, etcétera, que delimitan los horizontes políticos posibles en nuestro contexto histórico.

Una consecuencia del discurso culturalista es que destierra del análisis los fenómenos biológicos y culturales de mestizaje. Todos menos uno: la influencia de la cultura gitana sobre la cultura española, en un único sentido y de una forma que no hace sino incrementar la distancia entre ambas. La historia demuestra que en los ámbitos donde el mestizaje ha sido más fecundo se han suavizado las penurias particulares de los gitanos. Pero en lugar de explorar esos ámbitos los apartamos de nuestra vista y sólo nos interesa lo que “nosotros” (un “nosotros” mayestático e indefinible) hemos influido en “ellos”. La falta de curiosidad del discurso oficial acerca del mundo que nos rodea, su desinterés por el cosmopolitismo, excluye a muchos payos que han asumido nuestra causa como bandera y aleja a los que podrían hacerlo. Al mismo tiempo nos distancia de las trayectorias de los movimientos internacionales de defensa de los más desfavorecidos.



¿Qué gitanos hay empapándose de las experiencias de los herederos de Martin Luther King, de Mandela, de los indios británicos o del pueblo judío (no confundir con el Estado de Israel)?

Las derivaciones políticas de este discurso llegan al esperpento y refuerzan la desconfianza de las instituciones públicas. Las reivindicaciones recurrentes de un espacio político-administrativo diferenciado, con un ámbito de representación y decisión política propia (llámese estatuto de autonomía, representación parlamentaria personalizada o circunscripción electoral a la carta: la imaginación e ingenuidad de algunas propuestas es abrumadora) son muestra suficiente de lo ajeno que se encuentra este discurso de la vida cotidiana de los gitanos y la realidad socio-política de nuestro país. Si este tipo de propuestas desacredita al movimiento, más aún desconcierta al pueblo, para después decepcionarlo. No sólo son declaraciones voluntaristas y quiméricas (y por lo tanto banales y gratuitas), es que tienen el inconfundible sello populista que caracteriza a los "líderes" con mucha ambición, pocas ideas y nula responsabilidad. Si en algún improbable momento llegaran a realizarse significaría la institucionalización de la ciudadanía de segunda clase para los gitanos, al modo que se estiló en algunos países del este o que diseñó el *apartheid* sudafricano para mestizos e indios: con un parlamento subordinado aparte.

**- El culturalista se muestra, como un discurso pre-moderno que abusa del término "cultura" para defender una especie de tradicionalismo de "paraíso perdido" monolítico, excluyente, cada vez más alejado de las variadas existencias de los gitanos españoles**

La consecuencia más perniciosa del discurso culturalista quizás sea su marginación de la escena socio-política del país y la consecuen- te preeminencia que las instituciones públicas otorgan a los discursos técnicos de las ciencias y las políticas sociales. Aquí encontramos un escollo importante aunque sólo sea porque el caudal de material de las distintas disciplinas puede llegar a ser monstruoso, pero sobre todo porque su relevancia y competencia es muy variable y no siempre parece que los de mayor relevancia y competencia obtengan un mayor impacto en el discurso. Claro que lo anterior puede ser una apreciación subjetiva, pero es reveladora la frecuencia con que se cita a los autores relevantes y competentes para ignorarlos en los análisis y en las decisiones.

Pero eso no es todo. Los discursos de las ciencias sociales y las políticas públicas están llenos de grietas donde se pueden incubar, como diría José Heredia Maya, "los virus del desencuentro". Por poner un solo ejemplo: la misma necesidad lingüística de los técnicos y científicos de determinar un "nosotros" (el investigador o el gestor político-administrativo) y un "ellos" (los gitanos), impone una oposición en la que una parte ejerce un poder (el de definir o el de administrar) y la otra es el objeto pasivo de ese poder (el "objeto de estudio" o la "población *target*"). Estos poderes sutiles hay que saber dominarlos con un fuerte sentido autocrítico y numerosas precauciones con-

ceptuales y metodológicas que no siempre se encuentran. Los resultados no son nuevos ni exclusivos: muchos discursos técnicos y científicos tienden a un paternalismo sofisticado, en el que un gitano cualquiera es tratado, en el mejor de los casos, como un "informante nativo", y en el peor como un "administrado" que se pliega o no a unas condiciones normativas que el mismo discurso prescribe. De esta forma, la capacidad de los gitanos de definirse a sí mismos y de establecer los términos y condiciones de sus aspiraciones quedan en suspenso. Se les coloca en un estado de inconsciencia, de "infancia graciosa" que sólo puede comprenderse o gestionarse desde instancias "conscientes y maduras". Las posibilidades de ejercer las prerrogativas de su ciudadanía se ven así sutil y notablemente recortada. Una mezcla paradójica de dependencia y desconfianza mutuas intensifica la distancia entre administradores y ciudadanos gitanos. La utilización de mediadores en puestos subalternos, a menudo colocados en una posición surrealista y extraordinariamente incómoda, conflictos de lealtad incluidos, lejos de reducir esta desconfianza la intensifica y produce una nueva clase de gitanos administradores de políticas sociales. Por supuesto, nada de esto que digo es nuevo.

(...)

Hace falta, pues, una gama de discursos que nos sirva como instrumento de capacitación política, que nos permita ejercer la ciudadanía dentro de nuestro contexto social de la manera que nos resulte más provechosa en los términos que nuestra ciudadanía admite. Estos discursos pueden elaborarse desde muy distintas instancias, pero no podrán funcionar sin mecanismos eficaces de debate y consenso en cuyo centro se encuentren los gitanos no asociados. De lo contrario seguiremos sufriendo un discurso autorreferencial, sin contacto con la realidad a la que pretende corresponder y útil únicamente para los intereses espurios de una oligarquía impotente.

Por último, quisiera entrecomillar todo lo anterior. Este texto no es ciencia, no es filosofía, no es historia. Es un texto de vocación polemista y carece del rigor exigible a tales materias. No debe tener más validez que la de un ciudadano gitano no asociado que, guiado por motivaciones éticas y morales, con descaro y sin complejos expresa su pesar acerca de los asuntos que le incumben y llama la atención sobre la necesidad, subjetiva, de ampliar el debate. Tiene, por tanto, un fuerte contenido político, pero no se sitúa en una lucha por el poder o la influencia estatal o de partido.

Siento no haber introducido todas las excepciones y reservas necesarias en un texto tan generalizador: no es todo el "movimiento" sino sectores que defienden una idea paralizada de lo gitano; científicas a las que admiro son más conscientes que yo de las trampas de pensamiento, y son tan autocríticas con su trabajo como yo con el movimiento que debe representar al pueblo al que pertenezco.

Quiero subrayar que hablo de discursos, no de personas. Este texto resalta la labor de tantísimas mujeres y hombres de patas negras, blancas y entreveradas, que desde todos los sectores e instituciones, con honestidad y comprometiendo su vida, han abrazado la tarea de ayudar a los gitanos que lo necesitan. En contraste con el discurso dominante, su trabajo queda más que dignificado. Dadas las circunstancias, sus éxitos son más que palpables.

■ **José Heredia Moreno.** "La voz silente. Sobre los discursos dominantes en el movimiento asociativo gitano". En *Cuadernos Gitanos*, nº6 (2010), pp. 10-13.- Madrid: Instituto de Cultura Gitana.